
Capítulo XXXII.

Los últimos momentos de un monarca desdichado.

Poco despues entró en la habitacion Marina, y Motezuma la preguntó:

—¿Tú eres cristiana?

—Sí.

—¿Y cómo has podido olvidar á tus dioses?

—Porque el dios que me han dado á conocer los españoles es más misericordioso, más grande, más justo que el que en mi niñez me han obligado á adorar.

Mira,—añadió, enseñándole un escapulario que Hernan Cortés le habia regalado,—¿ves aquí la imágen de la Virgen? Todos los soldados españoles llevan en el pecho una imágen como esta, que les preserva de la desgracia y de la muerte.

¿No les has visto combatir contra tus soldados y vencerlos? ¿No has visto cómo obedecen á sus jefes, y cómo se horrorizan ante los sacrificios humanos de su religion?

Ellos adoran á sus dioses de una manera muy distinta.

Invocan su nombre antes de hacer algo.

Le bendicen todos los dias por que les deje ver la luz de un nuevo sol.

Por la tarde, cuando empieza á anoecer, recuerdan el misterio de la immaculada Madre de Jesucristo; y cuando ya es de noche, antes de cerrar los ojos, se encomiendan á Dios y á los santos con verdadera fé.

Yo puedo asegurarte que al abrazar la religion de los españoles he visto nuevos horizontes, he experimentado felicidades desconocidas, he arrostrado los peligros con más serenidad, he sentido volver á mi pecho la esperanza, y no apartarse de él en ninguno de los instantes de mi vida.

Motezuma guardó silencio.

Su alma era presa de una lucha terrible.

Las ideas que aquellas exhortaciones de fray Bartolomé de Olmedo y de Marina habian despertado en su mente, le habian sumido en gran confusion.

Preciso es confesar que tenia motivos poderosos para dudar de la eficacia de sus dioses.

La Providencia, en sus altos designios, habia querido que Motezuma, el gran Motezuma, emperador de Méjico, no muriese en el error.

Las elocuentes palabras del padre fray Bartolomé de Olmedo, las sinceras confesiones de Marina, hallaron eco en su corazón.

Su vida se acababa por instantes.

No era la herida que había recibido de manos de sus propios vasallos la que le empujaba á la tumba.

Era una de esas heridas que no se acaban nunca, que no se extinguen más que con la muerte.

Hernan Cortés supo por fray Bartolomé de Olmedo que la situación de Motezuma se agravaba por instantes.

La fiebre le consumía.

Al mismo tiempo todo indicaba en él ese estado de agitación que precede á la muerte.

Era al anochecer.

El caudillo de los españoles entró en el aposento en donde yacía el emperador.

Al verle sintió Motezuma que se llenaban sus ojos de lágrimas.

Eran las últimas que debían brotar de aquellos ojos, escaldados por el dolor.

—¿Venís á despediros de mí? Haced bien; no podéis ofrecerme un consuelo mayor.

Al veros, no os lo digo por que me lo agradezcáis; no quiero recordaros los beneficios que os he dispensado; pero repito que al veros experimento una alegría dulcísima.

Estoy satisfecho de la conducta que he observado con vos, descendiente del gran Quetzalcoal, ó descen-

diente de ese Dios de quien me habeis hablado, y á quien me habeis hecho admirar.

No puedo ménos de reconocer en la esperanza que habeis despertado en mi alma una superioridad, una grandeza que no tiene comparacion con nada del mundo.

Mi pueblo me ha abandonado, porque yo he sido vuestro amigo.

Mi pueblo ha querido que rompiese el pacto que hice con vos, dejando mi trono á vuestro rey.

Pues bien: yo compadezco á mi pueblo, yo lamento el error en que vive.

La única pena que siento en este instante, es no tener bastante fuerza para apartarle de ese error.

Pero nada importa: vos estais á mi lado en los últimos instantes de mi vida.

Vos debéis guiarme.

—Pláceme oiros hablar de ese modo,—dijo Hernan Cortés,—porque venís á declarar, en gracia de la amistad de que tantas pruebas nos habeis dado, que escuchais los consejos del sacerdote que en nombre de la religion cristiana os ha hablado.

Sí, Motezuma; profesad la religion nuestra, recibid el bautismo, y yo os aseguro que los últimos instantes de vuestra vida serán los de mayor alegría, de mayor felicidad para vuestra alma.

—Dispuesto estoy á todo,—exclamó Motezuma.

Aprovechando aquella resolución del emperador, y viendo que eran contados los instantes de su vida,

dispuso Hernan Cortés todo lo necesario para la ceremonia.

Inmediatamente se llevó al aposento de Motezuma un altar y una imágen de la Virgen, que constituía la capilla de los españoles en el cuartel en que habitaban.

Pusieron el altar y la imágen cerca del lecho del moribundo.

Hernan Cortés convocó á todos los capitanes y á algunos de los soldados para que concurriesen á aquel solemne acto, y fray Bartolomé de Olmedo se dispuso á abrir las puertas del cristianismo á aquel gran hombre que iba á dejar la tierra.

La ceremonia, solemne por lo que representaba, fué sin embargo sumamente sencilla.

No habia cirios que pudiesen aumentar su esplendor.

Los soldados encendieron las caobas, especie de madera resinosa, única que podia reemplazar en aquellos instantes á los cirios.

Fray Bartolomé de Olmedo preguntó á Motezuma si deseaba abrazar el cristianismo y vivir y morir en la religion de los españoles.

El emperador contestó afirmativamente.

Acto continuo le circuncidó, y de aquella manera tan humilde, tan modesta, terminó la ceremonia.

Motezuma pasó la noche más tranquilo.

Pero al dia siguiente por la mañana se agravó su dolencia de tal modo, que creyó fray Bartolomé de

Olmedo llegado el caso de administrarle los santos sacramentos.

Hernan Cortés y el misionero se quedaron á su lado.

La agonía fué lenta.

La respiracion de Motezuma era cada vez más corta y angustiosa.

Una nube cubria sus ojos.

—No os veo...—decia á cada instante á los dos que le acompañaban. —¿Qué vá á ser de mi pueblo?— exclamó al fin.

—No temais,—dijo Hernan Cortés;—yo os vengaré de vuestros enemigos, yo ejecutaré el pacto que habeis formado conmigo á favor del monarca español

Aquel mismo dia, cuando el sol llegaba al zenit, exhaló Motezuma el último aliento (C).

La situacion de Hernan Cortés llegó á agravarse con este motivo de tal manera, que por algun tiempo no supo que partido tomar.

Capitulo XXXIII.

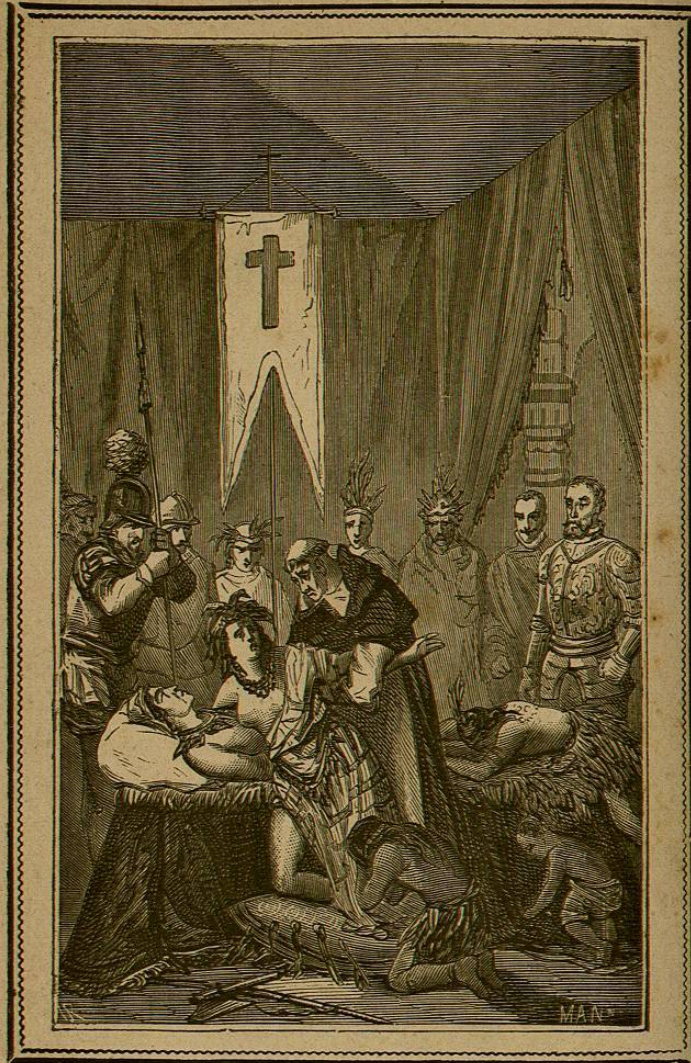
Lo que pasó despues de la muerte de Motezuma.

Inmediatamente despues de la muerte del emperador Motezuma, siguiendo sus criados la costumbre establecida en el imperio; vistieron el cadáver con todas las galas y las insignias de autoridad que en vida habia tenido Motezuma, y no atreviéndose á tomar determinacion alguna por hallarse á las órdenes de Hernan Cortés, aguardaron á que este les indicase el partido que deberian tomar.

Durante la noche que siguió á la muerte del emperador, fueron continuas y penosas las cavilaciones que asaltaron al caudillo de los españoles.

Era de esperar que la noticia de la muerte de Motezuma aumentase la consternacion de los mejicanos.

Pero instantáneamente á aquel terror que se apo-



HERNAN CORTÉS.—Vuestro padre ha muerto, y ya nada nos queda en el mundo.

deraria de su espíritu sucedería una reacción en contra de los españoles, llevándoles de nuevo á pelear con más encarnizamiento.

Y si llegaba este caso, ¿qué podía hacer?

Abandonar á Méjico; pero abandonarle desprestigiado, sin elementos para realizar el sueño de su vida: la conquista que habia dado por segura al rey de España.

Su primera determinación fué llamar á la emperatriz Miazochil, anunciándole la muerte de su esposo.

Aquella pobre mujer, en otro tiempo tan varonil, llegó sumisa y resignada adonde yacía el cuerpo inanimado de su esposo.

Cayendo de rodillas ante aquellos restos de grandeza, de poderío, cubrió la frente del emperador con sus lágrimas y sus besos, y volviéndose á sus hijos, niños aún:

—Renunciad para siempre á la felicidad, —les dijo. —Vuestro padre ha muerto, y ya nada nos queda en el mundo.

—Si,—dijo Marina, que asistía á la escena.—Os queda la protección y el amparo de los españoles. Motezuma ha muerto en la gracia de Dios, porque antes de morir ha escuchado la voz de nuestro buen misionero fray Bartolomé de Olmedo, y ha recibido el bautismo, ingresando en el gremio católico.

A estas palabras añadió otras no ménos expresivas y consoladoras Hernan Cortés.

—Nada os queda en el mundo habeis dicho, gran

emperatriz de Méjico. Si aludís al esplendor, al poderío, teneis razon. Los mejicanos nombrarán otro monarca, si es que no le han nombrado ya, y vos tendreis que abandonar el palacio donde habeis compartido tantos dias de ventura con Motezuma.

Vuestros hijos son aún muy niños para poder disputar el trono á sus usurpadores. Pero yo puedo ofreceros la proteccion del monarca español para vos y vuestros hijos, y lo que es más, puedo brindaros un asilo en Tezcuco, en donde gracias á mi influencia, ha sido aclamado por rey el hijo de Cacumatzin y de Othalitza, disponiéndose todos sus habitantes á seguir el ejemplo de Motezuma y á adorar al verdadero Dios.

Miazochil aceptó las ofertas de Hernan Cortés, y le manifestó sus temores por la actitud que tomarian los mejicanos al saber la muerte de Motezuma.

Hernan Cortés suplicó á la emperatriz que fuese con sus hijos á Tezcuco, y encargó á dos de los criados que tenia Motezuma á su servicio en el cuartel de los españoles que los acompañasen.

No podia dilatar por más tiempo el informar á los mejicanos de la muerte de su monarca.

Pero podia sacar partido de ella, podia justificar su actitud, ó por lo ménos podia amenazarlos de nuevo.

En una conferencia que celebró con algunos de sus capitanes y fray Bartolomé de Olmedo, convinieron en que seria de gran efecto enviar el cadáver del emperador á los mejicanos para aterrorizarlos más.

Al efecto comisionó á seis mejicanos de los que habian estado siempre al lado del monarca, para que en unas andas condujesen su cadáver al palacio, convocasen al pueblo y le participasen el fatal suceso.

—Decidles,—exclamó,—que les envio el cadáver de su rey, muerto á sus manos, que antes de morir me ha suplicado repetidas veces que vengase su muerte y castigase á los autores de ella.

Pero añadid, que convencido de su arrepentimiento, de que han obedecido á la desesperacion más que á la voluntad, estoy dispuesto á perdonarlos, á sostener la paz con ellos, siempre que nombren embajadores que se acerquen á mí para tratar las bases de ella.

Si desoyen mis ruegos, sino aceptan mis proposiciones, ya no será sólo el deber de castigar las ofensas inferidas á los españoles el que me mueva á perseguirlos sin tregua ni descanso, sino el deber, no ménos sagrado, de castigar el ultraje inferido á Motezuma.

Cumplieron los mejicanos las órdenes de Hernan Cortés, depositaron sobre unas andas, con todas las insignias de su pasada grandeza, el cadáver de Motezuma, y en medio de un silencio sepulcral abandonaron el cuartel de los españoles y condujeron el cadáver por la gran calle de Tacuba á la gran plaza de Tlatlelulco.

Al terror de los mejicanos habia sucedido la ansiedad por tener noticias de Motezuma.

Poco á poco habian ido regresando á la ciudad

muchos de sus habitantes, y apenas vieron aquella fúnebre comitiva, acudieron á rodearla, no tardando en comunicarse unos á otros la noticia.

Cuando llegaron los mejicanos que estaban al servicio del emperador á depositar su cadáver en el palacio, era inmenso el gentío que se agolpaba á las puertas.

Muchos nobles y muchos sacerdotes penetraron en la estancia imperial para ver de cerca, inanimado, yerto, al que habia sido su soberano.

Inmediatamente avisaron al príncipe de Iztacpalapa, y al anocheecer de aquel dia oían todos de labios de uno de los mejicanos á quien habia hablado Hernan Cortes, las palabras que el caudillo de los españoles habia dicho, y las proposiciones que por su conducto hacia á los jefes de la rebelion.

Profunda indignacion causaron á los mejicanos aquellas proposiciones.

Pero su desesperacion llegó al colmo cuando supieron por los que habian acompañado al monarca, que este, en los postreros instantes de su vida, habia abjurado de su religion, habia abrazado la de los españoles y habia sido ungido por ellos.

Al saberlo, olvidando hasta el respeto que solian profesar á los muertos, se lanzaron como fieras sobre el cadáver de Motezuma, rasgaron sus vestiduras, arrancaron de su frente la corona y el cetro de sus manos, y todos á una exclamaron:

—Es necesario conducirle á la cueva de los tiranos.

Esta cueva, como recordarán nuestros lectores, era el volcan de Chapultepek.

Los sacerdotes se interpusieron entre el pueblo, conteniendo su ira.

No podian consentir llevasen á cabo semejante profanacion.

El gran sacerdote recordó á los irritados mejicanos el respeto que merecian los muertos, y mucho más aquel, que habia sido su soberano, y el pueblo, por segunda vez horrorizado de su conducta, huyó temiendo el castigo de los dioses.

El príncipe de Iztacpalapa fué aclamado por los nobles y por los teopixques que se hallaban presentes, y entonces, como pariente y heredero del emperador, dispuso que se le hiciese el entierro que le correspondia por la alta jerarquía que habia ocupado en la nacion.

Pero al mismo tiempo, reanimando el sentimiento religioso en el corazon de cuantos se hallaban presentes:

—Es preciso,—les dijo,—jurar sobre el cadáver de Motezuma que vengaremos la afrenta que nos han hecho los españoles, obligando á nuestro monarca á abjurar de su religion y á abrazar la de los extranjeros.

Aquel era un nuevo y poderoso motivo para que los mejicanos tomasen las armas con más denuedo que nunca y completasen la obra comenzada.

—Mañana,—añadió el príncipe de Iztacpalapa, que entonces era ya sucesor de Motezuma en el im-

perio;—mañana se celebrarán las honras fúnebres de Motezuma.

Los españoles, al ver que todos nos alejamos para penetrar en el micoatl (1), saldrán de su cuartel para presenciar la ceremonia.

Es necesario que esta misma noche cautelosamente se oculte gran número de mejicanos en el teocali de Huitzilopochili, y cuando los españoles vuelvan encuentren ocupado su cuartel, ó por lo ménos intercepten su paso desde el templo los mejicanos escondidos en él.

Entre los que escuchaban á Quetlahuaca, hallábanse Teutila y Pilpatoe, general el uno y gobernador el otro de las provincias que en Tabasco habia dominado el imperio de Méjico.

Los dos habian regresado al saber las desventuras que pasaban sobre su patria, dispuestos á defenderla.

—Vuestra es la culpa,—dijo Teutila,—de que los extranjeros hayan llegado hasta Méjico. Nosotros no tuvimos bastante fuerza para contenerlos. Sin embargo, nuestro es el deber de exterminarlos.

—Tenemos un proyecto,—añadió Pilpatoe;—para realizarse es necesario que os pongais al frente de las tropas que han de combatirlos.

—¿Cuál es vuestro proyecto?—preguntó el nuevo emperador.

—Destruir á Hernan Cortés, bien sea por la as-

(1) Cementerio.

tucia ó por la fuerza. En cuanto él muera, todos los demás caerán en nuestro poder.

Esta idea fué aceptada, y Pilpatoe y Teutila quedaron encargados del mando de las tropas que debian guarecerse en el templo de Huitzilopochili para atacar desde él á los españoles.